

Juventud, narrativa y conflicto: Una aproximación al estado del arte de su relación

*Victoria Eugenia Pinilla Sepúlveda**

Profesora Universidad de Caldas y Universidad de Manizales, Colombia.

*Nelvia Victoria Lugo Agudelo***

Profesora Universidad de Caldas, Colombia.

La investigación “Narrativas del conflicto en contextos locales de Colombia” le da prioridad a la comprensión de significados de la relación entre jóvenes y conflicto, a partir de las narraciones de sus experiencias que hacen seis grupos diferentes de jóvenes sobre los conflictos socio-políticos y culturales en sus contextos locales. Para esbozar el referente de indagación temática, en este apartado se transita por algunas investigaciones realizadas en los ámbitos internacional, nacional y local, que muestran tendencias de producción de conocimiento que permiten esbozar el estado de la temática al momento de realizarse el estudio, así mismo se consideran teorías, que desde las ciencias sociales, aportan a la construcción de los conceptos de juventud y conflicto, categorías centrales de esta investigación.

Con respecto a la juventud como categoría, el interés de este referente no es hacer un recorrido exhaustivo por

* Doctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Correo electrónico: victoria.pinilla@ucaldas.edu.co

** Candidata a doctora en Ciencias Sociales.
Correo electrónico: victoria.lugo@ucaldas.edu.co

construcciones como la adolescencia, legitimada por la Psicología y considerada por varios autores como la matriz histórica de lo que luego fue la juventud (Martín-Criado, 1998), concepto posicionado y respaldado por la sociología y antropología. Tampoco se tiene la pretensión de analizar la fragmentación, que desde los límites disciplinares se ha hecho del conocimiento sobre juventud, sino más bien esbozar una perspectiva más contemporánea, para pensar esta categoría y a los jóvenes.

Se reconoce la crítica que en la actualidad hacen autores como Lesko (2001), Bourdieu (2000), Martín-Criado (1998), Feixa (2004) y Reguillo (2002), entre otros, sobre la perspectiva naturalista, universalista e invariante de la juventud, que poco a poco se ha integrado a los conocimientos populares de las sociedades y ha contribuido a configurar visiones limitadas, hegemónicas, homogeneizantes, estigmatizantes y contradictorias de lo que es ser joven. La producción de conocimiento no escapa a esta característica. De hecho, algunas de las investigaciones consultadas presentan una perspectiva universal y hegemónica de la juventud como categoría etaria y se proponen los estudios desde una visión etno y adultocéntrica. Un ejemplo de ello, es el informe mundial de juventud de la Organización de las Naciones Unidas (World Youth Report, 2003, 2005), el cual define la juventud como “*la población comprendida entre los 14 y 25 años...*” (Naciones Unidas, 2005); se configura el concepto únicamente a partir de la edad, con la pretensión de organizar, delimitar, comparar y clasificar. No se otorga el reconocimiento necesario al contexto y envuelve en un marco único la diversidad de situaciones, intereses y condiciones, a partir de las cuales se configuran las personas, que en muchos casos, sólo tienen en común con otras, la edad (Martín-Criado, 1998).

En la presente investigación se parte de reflexionar la juventud como una condición social cambiante, que se les atribuye a los individuos jóvenes y es construida de acuerdo con las condiciones sociales, históricas, de época y de contexto de las diferentes sociedades. La juventud no es un hecho universal e inmutable; no es, por lo tanto, una realidad que se encuentra en términos equivalentes en todas las culturas de

todas las épocas, sino una condición social, que existe en tanto que es socialmente construida y que cambia históricamente, en la medida en que la sociedad es igualmente cambiante. (Giménez, 2002; Feixa, 1999). La ausencia de un significado único sobre ella y de reconocimiento homogéneo por todos los individuos, como lo plantea Feixa (1999), es una muestra de esto. De acuerdo con Mørch (1996), la juventud como categoría conceptual pasa por un encuadramiento histórico, porque es una construcción que responde a condiciones sociales específicas en el marco del capitalismo, el cual otorgó el denominado espacio simbólico que hiciera posible el surgimiento de la juventud (Mørch, 1996). Estas condiciones posibilitan configurar, en cada momento histórico, lo que se entiende por juventud en esa sociedad.

Desde esta perspectiva, se hace imprescindible reconocer los aspectos sociales, materiales e históricos (Lesko, 2001), que les permiten a los jóvenes constituirse como seres singulares; compartir con otros, los modos de ver el mundo, relacionarse con quienes son y no son sus pares y vivir la vida de una manera plural, es decir, tener la posibilidad de construir diversidad de significados como actores sociales. Es importante considerar que esta diversidad es un reconocimiento de lo singular, que según Martín Criado (1998) se configura en las diferentes situaciones a las que los jóvenes están sometidos, la diversidad está implicada y matizada por la contemporaneidad de los individuos jóvenes y la situación que ocupan en el espacio social, la cual dispone su posicionamiento en la estructura social y determinará sus modos de ser joven (Colombia Joven, 2004).

Esta manera de entender la juventud confronta la tendencia de las sociedades y de los seres humanos a instituir de una forma generalizada sus concepciones y desafía a reconocer la juventud y a los jóvenes en sus singularidades, a partir del lugar que ocupan en la organización social, de las situaciones que les toca vivir y de su cambio permanente. Cada una de sus manifestaciones anuncia formas particulares de constituirse como individuos, que se encuentran con otras y se materializan en estilos y prácticas que son, social, cultural e históricamente, relevantes y cambiantes.

De tal manera, esta investigación opta por el desplazamiento de una noción adyacente y disciplinar (juventud como subsidiaria de otros saberes), a un abordaje de la noción de juventud como objeto teórico inter-disciplinar que implica la producción de conocimiento al interior de la noción, sus variaciones en las culturas, las condiciones contextuales y las épocas históricas. Así mismo, en cuanto al desarrollo de los jóvenes, prevalece una preocupación por entender estas trayectorias de vida en medio de las profundas diversidades de condiciones de vida y culturas (Brofenbrenner, 1979; Vygotsky, 1978). Por tanto, también existen el interés y la necesidad de responder a la pregunta sobre el papel que juegan factores políticos, económicos y culturales, en el desarrollo del individuo (Ong, 1999). Desde la perspectiva socio-histórica (Vygotsky, 1930/1991) explícitamente se entiende el desarrollo como un proceso a través del cual los jóvenes internalizan los valores y prácticas de los sistemas sociales. Basados en el materialismo dialéctico, la unidad primaria de análisis en el análisis socio-histórico es la actividad representada en el discurso, la acción y otras relaciones simbólicas. Por tanto, la experiencia, la personalidad y el pensamiento, son asumidos como procesos socio-relacionales, intersubjetivos, más que como capacidades pertenecientes a un individuo singular. Los teóricos evolutivos e investigadores han demostrado que las personas comprenden el mundo y a quienes les rodean, de manera diferente, de acuerdo al período que atraviesa su trayectoria de vida y a que los jóvenes no son simplemente adultos en miniatura. (Daiute et al., 2006).

En cuanto a la noción de conflicto, según el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española, la palabra conflicto procede de la voz latina *conflictus* que significa antagonismo, oposición, angustia de ánimo, situación desgraciada y de difícil salida. Según Ross (1995), las definiciones de conflicto pueden hacer énfasis en actividades incompatibles (Deutsch, 1973), escasez de recursos en situaciones críticas (Mack & Zinder, 1974), diferencias de objetivos, metas o propósitos (Bernard, 1953) o divergencia de percepciones (Pruitt & Rubin, 1986). Como puede verse, existen orientaciones teóricas que

privilegian aspectos objetivos fundamentados en la acción y en otras, aspectos subjetivos como los valores, objetivos o percepciones, y en cualquiera de los dos casos, la perspectiva es necesariamente intersubjetiva cuando se refiere a conflicto social, político o cultural. Existe otro marco de comprensión del conflicto intrasubjetivo o intrapsíquico que no es pertinente para este referente conceptual.

La investigación asume que: “el conflicto ocurre cuando las partes se hallan en desacuerdo con respecto a la distribución de recursos materiales o simbólicos y actúan movidas por la incompatibilidad de metas o por una profunda divergencia de intereses”. (Ross, 1995, p. 38). Se asume el conflicto como inherente a la condición humana y presente en la vida cotidiana de los seres humanos y las sociedades (individuos, grupos, instituciones, comunidades, Estados). Implica posiciones o intereses divergentes, no siempre antagónicos. Dicha divergencia debe ser reconocida por las partes, para que se constituya en conflicto y trae consecuencias a la vida individual y social, no necesariamente negativas, es decir, el conflicto puede estimular la creatividad, la solución de problemas, la toma de decisiones, el cambio social y la transformación de una sociedad o de un sistema político.

Los conflicto socio-políticos y culturales se expresan en acciones colectivas que emprenden las partes cuando se enfrentan a intereses divergentes u objetivos incompatibles. Esto trae como consecuencias acciones unilaterales, acciones conjuntas, la participación de un tercero mediador, o la combinación de algunas o todas estas formas. A partir de una perspectiva cultural, la cultura define las normas, prácticas e instituciones, relacionadas con la conflictividad; es decir, la cultura define “lo que la gente valora y le mueve a entrar en disputa, indica asimismo formas adecuadas de comportamientos en determinadas clases de controversias y configura las instituciones en las que dichas controversias son procesadas”. (Ross, 1995, p. 45). También influye en la elección de estrategias o mecanismos, de parte de los contendientes y las asunciones que los contrincantes toman sobre las recíprocas acciones o intenciones.

La investigadora Daiute¹, define el conflicto juvenil como la lucha, la exclusión social y el abuso de y entre las personas jóvenes, a partir del momento que ingresan a la escena pública y hasta el momento en que son económicamente independientes de los adultos. Éste es la hipótesis, que los conflictos que viven los jóvenes no son aislados de los conflictos de la región, la nación y las relaciones internacionales. Por tanto, el conflicto juvenil no es solamente un asunto del individuo joven, de su familia o de su estado evolutivo, sino también un asunto de la sociedad. Desde esta perspectiva, el análisis se dirige a las experiencias de los jóvenes en el contexto de los procesos sociales, políticos y económicos, que permitan develar el conflicto juvenil como una práctica que puede limitar el desarrollo de los jóvenes. (Daiute et al., 2006).

La noción de conflicto incluye actos físicos y psicológicos de agresión y exclusión, motivados por desacuerdos o actitudes competitivas entre grupos e individuos. Otras manifestaciones del conflicto juvenil, como las luchas interpersonales o intergrupales y la exclusión, frecuentemente ocurren en relación con tensiones resultantes de conflictos sociales y políticos de la sociedad. El conflicto juvenil es así una práctica social: una actividad caracterizada por circunstancias, metas, expectativas, comportamientos y discursos en contextos particulares. (Daiute et al., 2006).

La investigación muestra la relación entre conflicto y juventud: los significados que los jóvenes construyen de conflictos sociales, políticos y culturales, que están presentes en sus vidas y determinados por unas condiciones sociales específicas. Algunos de los conflictos a los que hacen alusión los jóvenes, como práctica social, se relacionan con situaciones de violencia, en cambio otros no, y dentro de estas condiciones violentas, algunos se relacionan con el conflicto armado entre actores que luchan por el poder político y económico en Colombia, llámense: fuerzas militares estatales, guerrillas o grupos paramilitares.

Las nociones de conflicto y violencia, a pesar de ser utilizadas como sinónimos, presentan diferencias específicas. El conflicto es un estado natural en el proceso vital, es un elemento

1 Daiute (2004a) *DRAFT 4-6-04 Youth in Conflict Write the Future*. New York: The Graduate Center.

constitutivo de toda acción social (Cosser, 1961; Simmel, 1986) y, por tanto, inherente a las dinámicas de cualquier colectivo; la violencia, por su parte, es uno, entre otros medios, a través de los cuales se desarrolla y transforma el conflicto, además de presentar una diferencia, implica la actualización de recursos “irracionales”. No todos los conflictos devienen en violencia y por tanto, pueden potenciar los cambios y transformaciones sociales. La gran diferencia entre las culturas y las personas es precisamente el tratamiento y los significados que se les den a los conflictos. Como lo planteó Zuleta (1997, p. 74): “una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De reconocerlos y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos.”

Los resultados de la presente investigación han mostrado que la violencia que se vive en Colombia atraviesa la vida de los ciudadanos, incluidos los jóvenes participantes. Entonces, hacer alusión al conflicto implica necesariamente, en un país como Colombia, establecer relaciones con las condiciones, causas, expresiones de las múltiples violencias, tanto públicas, como privadas, relacionadas o, por lo menos, asociadas entre sí.

Según Michaud (1980), “*hay violencia cuando, en una situación de interacción, uno o varios actores operan de manera directa o indirecta, inmediata o diseminada, pretendiendo afectar a uno o varios en grados variables, sea en su integridad física, en su integridad moral, en sus posesiones, en sus participaciones simbólicas y culturales*”. El concepto de violencia tiene en cuenta tanto a los actores de la violencia, que son los elementos subjetivos y dinámicos de la misma (es en su proceso de interacción social que la violencia aparece como un recurso de los mismos), como a los escenarios en que la violencia se materializa, es decir, los elementos objetivos o más estructurales que están condicionando (no necesariamente explicando o justificando) las prácticas de violencia.

Como lo expresa Vargas (2007), la violencia se expresa, con frecuencia, en agresión física o moral y allí se encuentra una cercanía con el uso de la coerción y el poder, como formas de ejercicio de la violencia. La *fuerza* puede ser entendida como una presión actual sobre una persona, de naturaleza

física o espiritual, cuyo efecto consiste en que esa persona actúe de manera distinta a la que su voluntad persigue. La *coerción* es la influencia que tiene en la actuación del ser humano la amenaza de un mal inminente, de naturaleza física o moral, y que lo conduce a realizar actos distintos en grado o calidad a los que busca su voluntad. La *agresión* “es un movimiento de penetración en las posiciones de poder o de prestigio o en el territorio de otro y una toma de posesión de parte de estos territorios por el agresor” (Rollo May, 2000). Finalmente, el *poder* se puede entender como “la capacidad, actual o potencial, de imponer regularmente la voluntad sobre otros, incluso pero no necesariamente, contra su resistencia.” (O’Donnell). Como se verá más adelante, la fuerza, la coerción, la agresión y el poder, son conceptos que están presentes en los resultados de la presente investigación.

Se ha hecho una distinción entre la violencia pública (que involucra a grupos sociales y que está relacionada con el manejo de la sociedad) y la privada (que toca a los individuos personalmente considerados). Dentro de la violencia pública se considera la denominada violencia política, entendida como “la que implica ataques con potencialidad y capacidad destructoras, llevados a cabo por grupos u organizaciones al interior de una comunidad política y que tienen como adversarios al régimen, sus autoridades, sus instituciones políticas, económicas o sociales y cuyo discurso legitimador pretende estar articulado a demandas sociales, políticas y económicas” (Vargas, 2007). En Colombia, una de las expresiones persistentes de la violencia política es el conflicto armado, entendido éste como una manifestación de un conflicto violento, en el que las diferentes partes involucradas usan armas letales en contra de las otras partes, en estos conflictos al menos una de las partes es el gobierno de un Estado nación. Ésta es una característica que en la actualidad describe la situación de muchos países y genera una gran preocupación en el mundo contemporáneo, por que se ven involucrados los niños y jóvenes, menores de edad (Organización de Naciones Unidas, 2005).

Al analizar las investigaciones que en Colombia se han realizado sobre jóvenes y conflicto, se pudieron identificar 120 estudios en la categoría “conflicto y convivencia”, reseñados en

el “Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003”. (Colombia Joven, 2004).

Las evidencias muestran que la categoría de mayor abordaje es la de conflicto urbano en sectores populares y la visión del joven a la que se le da prioridad es la de sujeto peligroso. Los trabajos analizan especialmente la vinculación de los jóvenes a actividades delictivas y a la violencia urbana, que según *el estado del arte*, se hace visible a partir de los años ochenta, como producto de la crisis económica y la marginalización de las ciudades. (Colombia Joven, 2004). Es importante entonces desentrañar las concepciones acerca de joven y de conflicto que subyacen a dichas investigaciones.

Las investigaciones, reseñadas entre 1983 y 2003, muestran una tendencia a considerar al joven como sujeto peligroso, como sujeto vulnerable y en riesgo, como motor del cambio social y en búsqueda de identidad. El joven como *sujeto peligroso*, se asocia a la emergencia del fenómeno de la violencia en el país, vinculada con el narcotráfico y la insurgencia. Los jóvenes aparecen en las ciudades y en el escenario de lo público como actores colectivos que hacen parte de bandas, pandillas; o se convierten en sicarios que desestabilizan el equilibrio social. Otro importante número de trabajos considera a los jóvenes como *población de alto riesgo*, que exige atención desde diferentes instancias sociales. Hay una reiterada percepción de los jóvenes como indefensos, potencialmente peligrosos, ignorantes y distantes de la vida social, política y económica del país (Muñoz, 1996 en Colombia Joven, 2004). Ambas tendencias han servido de justificación para la formulación de políticas y acciones sustentadas en el control, coerción y corrección, la terapéutica (Colombia Joven, 2004).

La otra tendencia que el Estado del arte presenta es la del joven como *motor de cambio social*, en la que es considerado como la esperanza de futuro y transformación social; se parte del supuesto de que mediante la participación los jóvenes pueden impactar su contexto local y afectar el desarrollo de la nación (Colombia Joven, 2004). Esta tendencia muestra una visión del joven como sujeto político, activo y participativo, que es depositario de las expectativas de la sociedad.

Aparece, aunque con menor reiteración, *el joven en búsqueda de identidad*, asociado a las visiones apoyadas en la categoría de adolescencia y en las de tránsito hacia la vida adulta. *El joven vinculado a culturas juveniles* presenta una perspectiva que se enfoca más al sujeto histórico que construye su propia identidad cultural (Colombia Joven, 2004). Se reconoce la apropiación de recursos simbólicos y construcción de significados que inciden en las construcciones identitarias individuales y colectivas y que acogen la singularidad de lo juvenil.

Sobre las tendencias emergentes en los trabajos acerca de la categoría juventud, el *estado del arte* concluye que: *“Emergen en los documentos enfoques que cuestionan el carácter homogeneizante de muchos de los nombramientos a la juventud, en tanto desconocen la naturaleza variada de los sujetos y grupos que pueden aglutinarse en torno a ella. En esta dirección, por ejemplo, se ha dirigido una crítica a aquellas perspectivas que unifican a los sujetos a partir de un criterio que ordena linealmente el del curso vital, o que presentan la juventud como una etapa de tránsito definida como una condición natural. Si bien estas perspectivas siguen haciendo curso en la investigación, coexisten con llamados a reconocer las condiciones contextuales, sociales y culturales que producen no sólo diferencias en la juventud, sino distintos sujetos jóvenes”* (Colombia Joven, 2004, p. 18).

Con respecto al conflicto, el Estado del arte señala que los trabajos analizados, desarrollan diferentes reflexiones sobre el conflicto, en las que aparecen diferencias entre las nociones de conflicto, violencia y agresividad; diversas causas y factores explicativos del conflicto; así como variedad de formas de gestionar los conflictos y mecanismos para su transformación, entre otros. Se resalta cómo, en general, el tema ha tenido importancia al hacer indagaciones acerca de los jóvenes y emerge como un aspecto presente para su visibilización como *actores sociales*, y como protagonistas y víctimas de hechos violentos que ocurren en el país. Al mismo tiempo, se muestra que los conflictos vividos por los jóvenes son expresión de procesos sociales, políticos, económicos y culturales a escala global (Colombia Joven, 2004).

Se destaca la preocupación, que en épocas más recientes genera el conflicto armado en el país, ésta se hace evidente en algunas aproximaciones investigativas que abordan la vinculación de los jóvenes a dicho conflicto y el impacto que éste tiene en sus vidas, en su rol como combatientes o como población civil involucrada. Sin embargo, es importante destacar que son más los trabajos que aparecen sobre conflicto urbano, que otros sobre conflicto político y armado.

Por último, con respecto a los conflictos socioculturales, el *estado del arte* identifica dos temas centrales en las investigaciones reseñadas: la confrontación entre el mundo juvenil y el del adulto, y los procesos relacionados con la formación de identidades y construcción de subjetividades. Sobre el primer tema aparecen los cambios de la adolescencia como periodo crítico en el que se producen tensiones familiares, por la posición rígida de la familia frente a los cambios de los jóvenes. Hay un fuerte choque entre los intereses, necesidades y deseos de padres e hijos. En el segundo tema, es evidente el surgimiento de trabajos, que en consonancia con los procesos socioculturales que ocurren en el ámbito internacional, tiene implicaciones en los contextos locales y en los procesos de configuración de subjetividades juveniles e identidades.

Por su parte, Perea, (1999), en el documento “De la identidad al conflicto: los estudios de juventud en Bogotá”, coincide con algunas de los planteamientos presentados en el *estado del arte* nacional. Los estudios sobre juventud en Bogotá se han centrado en la mirada de los jóvenes como *pandilleros*, *buscadores comunitarios* y *culturales*. Según el autor, a partir de la aparición pública bajo la seña de la violencia, el joven bogotano se constituyó en tema de reflexión desde la pandilla, con una mirada, en algunos casos, criminalizante que pretende ver en el joven nada más que un delincuente, real o en potencia, especialmente a los jóvenes de los sectores populares. Sin embargo, hay autores como Pérez y Mejía (1996), Pérez (1994, 1996), Ardila (1995), Perea (1995) y García (1998), que se han ocupado de dotar a los jóvenes de voz, de hacer hablar sus tragedias y visiones del universo. Otros autores como: Alape (1995), Salazar (1993, 1998), Serrano (1998^a, 1998^b, 1998^c, 2000), Muñoz (1998, 2002) y Muñoz y Marín (1997, 2002),

han puesto en entredicho también la mirada violenta y han trabajado alrededor de la reflexión sobre las identidades y las búsquedas culturales. Se ha constatado la emergencia de narrativas urbanas, que son capaces de semantizar el conflicto y de proponer horizontes de sentido colectivo.

Las transiciones teóricas se han dado, según el autor, en tres direcciones: de la violencia a la identidad; de la política a la cultura; y de la institución al sujeto. La mirada violenta, que reduce la juventud a su faceta criminal, es puesta en entredicho por la búsqueda de lo que configuran las distintas identidades. Se asume la violencia como una práctica entre otras, alrededor de la cual se congregan las presencias juveniles, entendidas como sensibilidades, culturas o identidades. Esto implica una preeminencia del discurso cultural por encima del político, focalizado en la identidad y la estética de la vida del joven: el interés se vuelca sobre el sujeto y su discurso.

Tanto el *estado del arte* nacional (Colombia Joven, 2004), como el análisis realizado por Perea (1996, 1998), muestran vacíos temáticos y teóricos en la investigación de jóvenes y conflicto en Colombia, como la exploración del vínculo entre los jóvenes y su posición de clase (no solamente de clases populares); el saber sobre los jóvenes “independientes” (que no pertenecen a ningún tipo de agrupación u organización); las mujeres jóvenes en escenarios de conflicto; jóvenes rurales y de grupos étnicos. Se recomiendan investigaciones asumidas desde un enfoque interdisciplinar, que conjuguen múltiples factores para superar explicaciones causalistas. Propone el autor:

Si los estudios han efectuado el recorrido de la violencia a la identidad, ahora es preciso moverse de la identidad al conflicto: la definición identitaria no es simple afirmación positiva, sino búsqueda conflictuada y paradójica de sentido en un universo tensionado por toda suerte de poderes. Por otra parte, si se ha practicado el camino de la política a la cultura, ahora es necesario desplazarse de la cultura a las relaciones sociales: la articulación cultural no es sólo devaneo simbólico, es al mismo tiempo empeño por la conquista de un lugar en la lucha social. Por último, si se ha operado el tránsito de la institución al sujeto, ahora resulta imperativo el

salto del sujeto a la sociedad: el sujeto no es mera conmoción emocional, sino lazo social urgido por la presencia del otro, de la intimidad y de la universalidad social. Sólo por la vía de la exploración del conflicto, la relación social y el todo social, los jóvenes serán portadores de una palabra frente a la ética y lo público, esas dos dimensiones necesarias de reconstruir en un país arrastrado en el conflicto y la guerra. (Perea, 1999, p.3).

En el concierto internacional, se destaca el informe anual que presenta la Organización de Naciones Unidas sobre los jóvenes (Youth Report, 2003 y 2005) y el texto *“International perspectives on youth conflict and development* (Daiute et al., 2006) que compila investigaciones realizadas al respecto en Filipinas, Alemania, Balcanes, Nigeria, Haifa, Corea, Estados Unidos, China, Sur África, Brasil, Mozambique, Angola y Colombia. También se presentará un análisis de estudios realizados en Mozambique, España, Sudán e Italia.

El informe de la ONU señala a los jóvenes como el grupo demográfico que más muere por causas externas y que más muerte causa. Agrega que en el pasado decenio, alrededor de dos millones de niños y jóvenes fueron asesinados o perecieron en conflictos armados, y cinco millones quedaron discapacitados. Así mismo, el informe plantea la preocupación porque la exposición a la violencia durante los años de formación puede ejercer una influencia definitoria en la personalidad de los jóvenes que participan como agentes o víctimas en un conflicto armado. Los efectos de un conflicto armado en el bienestar físico y mental de los jóvenes y en sus perspectivas futuras de vivir vidas normales son motivo de gran preocupación para diferentes organizaciones internacionales (Naciones Unidas, 2003 y 2005).

El reporte también es enfático en señalar la prevención de los conflictos violentos que tiene el mundo contemporáneo, como una necesidad prioritaria para favorecer el desarrollo. Si bien es cierto que las guerras y las confrontaciones violentas no son nuevas en la historia de la humanidad, los actos violentos en contra de la población civil y la complejidad de las emergencias ocurridas en las dos décadas pasadas, no tienen precedente. Según las Naciones Unidas, la magnitud de los conflictos que se han desarrollado, han generado el desplazamiento de

masas de personas después de la destrucción de sus hogares y comunidades, lo que ha incrementado rápidamente en el mundo los rangos de refugiados al exterior de los países y de desplazados al interior de los mismos, como el caso de Colombia (Naciones Unidas, 2003 y 2005).

Este organismo hace evidente que durante estos conflictos la juventud es con frecuencia el blanco más fácil. La participación de los jóvenes en las hostilidades armadas se facilita a través del comercio de armas pequeñas y ligeras, la escasez de oportunidades en sus comunidades que los lleva a transitar hacia los conflictos violentos y actos terroristas. En diversos países, muchos jóvenes son exitosamente movilizados por las ideologías de la guerra (Franja de Gaza, Colombia, entre otros). Como víctimas y testigos, los jóvenes son rodeados por realidades siniestras (Naciones Unidas, 2003, 2005, Pnud, 2003).

La Organización de las Naciones Unidas concluye que los conflictos violentos en el mundo contemporáneo están siendo conducidos por diversidad de componentes interconectados, como los factores sociales, de salud, política, económica, psicológica y cultural, que se convierten en las raíces de los conflictos. Detrás de todo conflicto violento se encuentran inequidades estructurales, económicas, políticas y sociales, una negación de las necesidades básicas de los seres humanos, un sentido existencial de amenaza ocasionado por las partes en conflicto, todo esto potencia la agresión en las personas y genera conflictos violentos (Naciones Unidas, 2003 y 2005). Desde esta perspectiva este organismo propone abordar los conflictos violentos que afectan diversidad de países a partir de un reconocimiento de los aspectos de los contextos, en términos de sus condiciones históricas, sociales, políticas y culturales.

Algunos estudios internacionales consultados se refieren a procesos psicosociales relacionados con el conflicto juvenil e intentan explicar la manera como dichos procesos tocan dinámicas políticas y guían la internalización y la transformación de los jóvenes, en circunstancias socio-históricas diversas. Se argumenta que la inestabilidad política y económica de ciertos países influye en la experiencia subjetiva cotidiana de los

jóvenes. Es decir, las dimensiones psicosociales del conflicto juvenil son también respuestas subjetivas a historias de conflicto. Los procesos psicosociales incluyen: autodeterminación, agencia, alienación, memoria histórica, razonamiento moral y resistencia a la injusticia. Los autores basados en teorías que reconocen que el desarrollo del joven es interdependiente del desarrollo de la sociedad, frecuentan las historias en términos de los efectos en la vida de los jóvenes.

Es el caso, por ejemplo, de un estudio sobre conflicto cívico en Filipinas (Santa María, En: C. Daiute, et al., 2006, pp. 29–42) en el cual se argumenta que la participación de los jóvenes en el conflicto armado, en ese país, está conectada con procesos de aislamiento social, falta de oportunidades educativas, pobreza, marginalidad, y separación de su grupo familiar. Otro estudio realizado en Alemania (Edelstein, En: C. Daiute, et al., 2006, pp. 43–56) muestra cómo la humillación de una generación de adultos marginados económica y políticamente, favorece el hecho de que los jóvenes respondan con comportamientos racistas y xenófobos, en la Alemania postunificación. El autor identifica la anomia como la actitud que asumen los jóvenes para expresar su rebelión en contra de los estándares sociales, morales y políticos, y hace una importante contribución al explicar los problemas de la modernización en los países del Este, que causan un gran daño a los jóvenes y a la sociedad en proceso de desarrollo.

En los Balcanes, se realizó un estudio (Warshauer, & Abazovic, En: C. Daiute, et al., 2006, pp. 57–72) que pretendió comprender cómo los afecta la experiencia de los jóvenes en la guerra pasada y la violencia actual, pero al mismo tiempo, podría potenciar en los jóvenes su capacidad para la reconstrucción de la sociedad. Se realiza una discusión interesante sobre la apatía, la frustración, el miedo y la tensión entre el olvido y el recuerdo de la guerra. Los jóvenes parecen paralizados: no saben si es mejor dejar sus recuerdos a un lado o seguir recordando, de manera que la memoria está afectando la construcción de un futuro. El estudio demuestra que en situaciones de post-conflicto, la juventud necesita apoyo, necesita hablar sobre sus experiencias y hacer una reconstrucción histórica de la guerra, para poder avanzar hacia un futuro diferente.

Un estudio realizado con jóvenes Nigerianos, participantes de la violencia desde 1980 (Akinwumi, En: C. Daiute, et al., 2006, pp. 73–85) muestra que en este país, mientras una clase “elite” y las empresas multinacionales se enriquecen, los jóvenes se involucran en un conflicto armado marcado por divisiones históricas y etno-religiosas. El autor argumenta que los procesos económicos afectan directamente la participación de los jóvenes en el conflicto y concluye que es indispensable enfrentar los problemas de desempleo e introducir un sistema de educación que capacite a la juventud, en vez de tratar a los jóvenes como objetos para conseguir beneficios económicos particulares.

Los autores citados, integran métodos históricos con técnicas psicológicas y se basan en teorías, del desarrollo, como la de Kohlberg (1969); ecológica, de Bronfenbrenner (1979), socio-históricas, (Bakthin, 1986; Erikson, 1968; Vygotsky, 1978), de razonamiento moral, (Nucci, 2001, 2006; Turiel, 2002) y críticas, (Cross, 1991; Matsuda, Lawrence, Delgado & Crenshaw, 1993). Los estudios en Filipinas y Nigeria, coinciden en explicar la participación de los jóvenes en movimientos insurgentes, como una forma de supervivencia que, con el paso del tiempo, se convierte también en un contexto de significado simbólico y de desarrollo. Los estudios en Alemania y los Balcanes coinciden en describir procesos históricos que excluyen a los jóvenes, con el consecuente daño de dicha exclusión. Estos autores sugieren una variedad de estrategias para mejorar las oportunidades de desarrollo de los jóvenes: organizaciones comunitarias y gubernamentales que involucren productivamente a los jóvenes a la sociedad, programas sostenibles de empleo para jóvenes, introducir la historia de la guerra en el plan de estudios de la escuela, participación de los padres en la reconstrucción de la historia de la guerra y mayor comprensión sobre los efectos de la modernización en los jóvenes.

Por último, se hará alusión a algunos estudios que además de indagar sobre la temática de juventud y conflicto, usaron como estrategia de aproximación metodológica, la investigación narrativa. Es el caso del estudio “*Girls with guns: Narrating the experience of war of Frelimo’s “female detachment”*,”

(West, 2000)². Desde una perspectiva antropológica y utilizando narrativas orales, se muestra la experiencia de la guerra en un destacamento femenino del frente de liberación de Mozambique, en África. Se examina la manera como la guerrilla femenina se apropia y contribuye en la lucha por la liberación de Mozambique. El autor argumenta que las mujeres muestran compromiso ideológico y convicción con la causa del Frelimo, se sienten empoderadas antes que victimizadas por la guerra. Todo lo que hicieron lo relatan orgullosas por estar convencidas de haber contribuido a la causa del Frelimo. Así mismo, autores como Boyden, (1994) también plantean que los jóvenes que han participado en conflictos armados ven su participación como una estrategia de adaptación apropiada, la que el autor se refiere como *mecanismos de sobrevivencia extremadamente prácticos*: estos jóvenes reciben de los grupos armados a los que pertenecen, comida, vestido, seguridad, que los hacen sentir protegidos en su condición de jóvenes reclutas.

El artículo aporta a las discusiones teóricas emergentes que sugieren que los significados culturales específicos dados a la categoría social de juventud, así como a las experiencias de violencia, son esenciales para entender el impacto del conflicto armado sobre los jóvenes de un continente como África.

De esta forma se identifican dos tendencias: asumir a los jóvenes como víctimas o plantear que los roles de víctimas y victimarios no son siempre excluyentes. En el primer sentido, se argumenta que las atrocidades, de las que son testigos niños y jóvenes en medio del conflicto armado, producen un rompimiento en su desarrollo en periodos muy importantes de su formación, lo que produce una generación perdida, marcada para el resto de su vida por las cicatrices del trauma (Garbarino, 1991, Walter, 1993, Machel, 1996, citados por West, 2000). En el segundo sentido, los jóvenes reclutados para servir en guerrillas insurgentes, son entrenados, incluso se les envía a cometer actos crueles en contra de sus antiguos vecinos o de los miembros de su propia familia. A partir de estas prácticas, los jóvenes que participan en una guerra formarán una generación futura de adultos para quienes la violencia es parte de la vida diaria: las víctimas se convierten en victimarios, o son las dos

2 Traducido al español como: "Niñas con armas: Narrando la experiencia de guerra del pelotón femenino en el Frente de Liberación de Mozambique -Frelimo" realizado con el apoyo de New school for Social Research.

cosas a la vez. (Fleischman, 1994, Boyden, 1994, citados por West, 2000). Como puede verse, la experiencia de la guerra produce efectos diferentes en los jóvenes, debido a factores de contexto y culturales que estructuran los significados (Boyden, 1994, citado por West, 2000, Bracken, 1998).

De igual manera, en contra de la idea de que la violencia se experimenta de igual forma en cualquier lugar, Derek Summerfield (1998) manifiesta que *“Es una premisa fundamental que lo que las víctimas del terror y de los sublevamientos experimentan en la guerra es una función de lo que esos eventos significan para los afectados”* (1998, p. 22).

Es interesante constatar cómo estos dos autores: Bracken y Summerfield, sostienen que el significado y la experiencia de violencia son determinadas culturalmente y que las culturas no occidentales pueden no interpretar de manera similar la experiencia de violencia en términos de lo que produce trauma a nivel de las víctimas individuales. Así, los autores cuestionan las perspectivas universalistas occidentales sobre las experiencias de los jóvenes de violencia y guerra. Sobre esto Jo do Berry (2000 citada por West, 2000) sugiere que el análisis del fenómeno de los jóvenes soldados en África y en cualquier otro lugar, puede renunciar al falso dilema de escoger entre paradigmas universalistas o relativistas, la clave es evitar la esencialización de la cultura, mientras se toma la cultura como un factor en la experiencia de violencia de los jóvenes. Al respecto West, (2000) expresa que des-esencializar la cultura requiere situar las normas y prácticas culturales en el flujo de eventos y procesos históricos, así como en los campos de poder que los definen.

El artículo además se refiere a la ideología como uno de los más importantes factores que median en las respuestas que los jóvenes dan a la violencia y sugiere que el compromiso ideológico, en parte, puede determinar por qué algunas personas expuestas a la violencia sufren efectos traumáticos, mientras otras no (Boyden, 1994). Baker (1991), por su parte, argumenta que un fuerte sentido de identidad política les ha permitido a los jóvenes palestinos enfrentar las complejas consecuencias psicológicas de su participación en El frente por la Liberación de Palestina (Alfata).

Estas perspectivas soportan el análisis que hace West (2000) sobre las narrativas del pelotón de mujeres del Frelimo, trabajo en el que concluye que dadas las circunstancias, escoger participar en la guerra, con frecuencia, se constituye en una estrategia adaptativa, lo que es más difícil para los jóvenes es indagar por las consecuencias de sus elecciones en un tiempo posterior, cuando las circunstancias que hicieron su lucha válida ya no estarán dadas. Si tener un arma empodera a una joven mujer en un momento de la guerra, ¿qué pasa con ese poder cuando la guerra se acaba?, ¿cuál es el horizonte de futuro para estas niñas? si bien las teorías esbozan que en el proceso de reinserción social de las jóvenes después de la guerra es fundamental restablecer las redes sociales para curar el trauma de la guerra, los testimonios de las mujeres jóvenes del destacamento de Frelimo dan un pequeño ángulo diferente: muchas de ellas parecen menos traumatizadas por su experiencia en la guerra de lo que fueron por la posguerra. La realidad política de la posguerra debilitó el proyecto al que se habían dedicado y también debilitó sus identidades como mujeres que fueron olvidadas en el precario espacio de la juventud y la guerra. En la posguerra, ya no existe aquel tiempo peligroso en el que compartieron objetivos y se generaron anécdotas e historias de valor y riesgo. Ya no son las mismas mujeres de antes de la guerra, que podían casarse y ocuparse de los hijos y su casa: ahora luchan relativamente aisladas como mujeres sin armas.

Igualmente sobre jóvenes que han vivido en contextos violentos, Goodman (2004) realiza la investigación: *Coping with trauma and hardship among unaccompanied refugee youths from Sudan*. El propósito de este estudio fue explorar cómo jóvenes sin acompañamiento, refugiados de Sudán, quienes crecieron en medio de la violencia y la pérdida, enfrentaron los traumas y privaciones de sus vidas. La investigadora utilizó un caso centrado y comparativo, y una aproximación narrativa para el análisis de 14 hombres jóvenes, solitarios y refugiados de Sudán, recientemente reagrupados en Estados Unidos. Analizó el contenido y la forma de las narraciones e identificó cuatro temas que reflejan las estrategias de afrontamiento que usaron los participantes: la colectividad y las identidades

colectivas; la supresión y distracción; el producir significados; y la emergencia de la esperanza desde la desesperanza. Los resultados subrayan la importancia de comprender las variaciones culturales en las respuestas a los traumas, y abre discusión con relación al concepto de resiliencia (Goodman, 2004). Aparece también en este trabajo un señalamiento al contexto, a la importancia de considerar las características culturales intervinientes en las experiencias con el conflicto, vividas por los jóvenes.

La investigación “Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el Black Bloc y los medios de comunicación en Génova”, (Juris, 2004), no indaga sobre el conflicto armado sino sobre la denominada “violencia juvenil preformativa”, como un tipo de violencia política en el seno del movimiento antiglobalización corporativa, aquella gestionada por corporaciones transnacionales.

A través de un análisis etnográfico de las protestas anti G8 en Génova, Italia, se analizan las relaciones entre violencia *performativa*³, y las construcciones de la violencia, desde los medios de comunicación. El autor la define específicamente como la representación de rituales simbólicos en los que se da una interacción violenta que hace énfasis en la comunicación y las expresiones culturales. Y agrega que en el contexto de la acción política, la violencia *performativa* puede verse como un modo de comunicación a través del cual los activistas intentan hacer efectiva la transformación social, mediante una confrontación simbólica basada en “la representación de relaciones de antagonismo y la ejecución de imágenes prototípicas de violencia” (Schroder & Schmidt, citado en Juris & Jeffrey, 2004).

La investigación encontró que, por una parte, la cobertura mediática sensacionalista, antes, durante y después de las protestas, llevó a hacer más visibles públicamente muchas de las demandas políticas del movimiento juvenil, pese a la persistente focalización de los medios en la violencia. Sin la amenaza potencial de violencia, no está claro si las protestas anti-G8 hubiesen atraído tanta atención mediática. Este trabajo,

3 Forma de interacción social significativa mediante la cual los actores construyen realidad social basándose en los modelos culturales disponibles

como lo plantea el autor, apoya el planteamiento expuesto por Blok (2000) según el cual: “más que definir *a priori* violencia, como algo irracional y sin sentido, debemos considerarla como una forma cambiante de interacción y comunicación, como un patrón cultural de acción significativa históricamente desarrollado”. De ahí que aquí se utilice la violencia *performativa* para hacer referencia a la representación de rituales simbólicos, en los que se da una interacción violenta, que ponen el énfasis en la comunicación y la expresión culturales. En este mismo sentido el sociólogo francés, Maffesoli (2006), manifiesta críticamente el peligro que entraña la tendencia mundial a volver totalmente “asépticas” las sociedades con respecto a la violencia, a mantenerlas “seguras, sin riesgos y protegidas en todos sus ámbitos”. Para el autor esta pretensión es potencialmente peligrosa, porque favorece la reaparición explosiva de la violencia. Las sociedades deberían favorecer la expresión simbólica de la violencia, como válvulas de escape que pueden mantener las sociedades en equilibrio (Maffesoli, 2005).

También se usaron las narrativas para conocer los sentidos que los jóvenes dan a los conflictos que viven en su vida diaria en una escuela de Nueva York (Telling tales in school: Youth culture and conflict narratives. Morrill & Yalda, et al., 2000), a través de historias de acción que pueden mostrar códigos de clase, desarrollo moral o resistencias institucionales. Es la principal conclusión del estudio, que las representaciones de conflicto de los jóvenes no sólo involucran discursos de tipo moral, sino también procesos de razonamiento que hacen énfasis en otros aspectos de la cognición, como la acción práctica, la toma de decisiones racionales, así como en elementos emocionales. Además resalta el análisis narrativo que utiliza el estudio como una estrategia que hace posible acceder sistemáticamente a las voces de los jóvenes sobre el conflicto juvenil. (Morrill, 2000).

Fueron útiles las narrativas también para conocer el significado que jóvenes israelitas y palestinos construyeron a partir de su participación en un programa de educación para la paz. (“Peace” in the Eyes of Israeli and Palestinian Youths as a Function of Collective Narratives and Participation in a Peace

Education Program. Biton & Salomón, 2004). Esta investigación concluye que la educación para la paz puede servir como una barrera contra el deterioro de las percepciones y los sentimientos. Es evidente que las percepciones individuales de la paz son dibujadas de manera diferencial en las narraciones colectivas de sus grupos, más aún, con la cercanía de las experiencias que comúnmente ocurren en esta región. Sin embargo, la investigación muestra que se produce un cambio significativo de las percepciones sobre la paz, cuando se participa en los programas de educación para la paz (Biton & Salomón, 2004). Los resultados de este trabajo respaldan los programas de educación para la paz como una alternativa de intervención, que puede estimular acciones en favor del uso de estrategias pacíficas en contextos de conflicto.

En estos trabajos, que se han realizado en diferentes países y continentes, se esboza una creciente tendencia a dar prioridad a las condiciones de contexto que enmarcan las experiencias de conflicto que han vivido los jóvenes, como una manera de hacer lecturas imbricadas que permitan la comprensión de este fenómeno, que generan fuerte preocupación en las sociedades contemporáneas.

Al igual que en las investigaciones en Colombia, se nota un marcado acento por investigar sobre el conflicto violento, específicamente las consecuencias del conflicto armado, para los jóvenes.

Este panorama nacional e internacional además de mostrar algunas de las tendencias que se están desarrollando en la producción de conocimiento sobre juventud y conflicto, hace evidente la necesidad de conocer más profundamente la relación de la experiencia de vida de los jóvenes en contextos de conflicto. Es importante considerar que aproximarse a la comprensión y entendimiento de cualquier fenómeno social y grupo poblacional, en este caso los jóvenes y el conflicto, requiere actualizar, en relación con el momento histórico, los referentes de pensamiento desde los cuales se pretende emprender la exigente tarea de indagación y producción de conocimiento que aporte a los desafíos que la sociedad y las condiciones de época requieren. De ahí la relevancia y necesidad de abordar una temática como los significados del conflicto

socio-político y cultural, desde perspectivas que vayan más allá de los criterios reduccionistas y homogeneizantes desde los cuales cotidianamente se abordan fenómenos sociales.

Lista de referencias

- Akinwumi, O. (2006) Youth Participation in Violence in Nigeria Since the 1980s. In: C. Daiute, Z. Beykont, C. H. Smith & L. Nucci. *International Perspectives on Youth Conflict and Development*, (pp. 73 – 85). New York: Oxford University Press.
- Alape, A. (1995). *La hoguera de las ilusiones*. Bogotá, D. C.: Planeta.
- Ardila, A., Pombo, J. & Puerto, R. (1995). *Pandillas juveniles: una historia de amor y desamor*. Bogotá, D. C.: Secretaría de Educación-Fes.
- Baker, A. M. (1991). Psychological response of Palestinian children to environmental stress associated with military occupation. *Journal of Refugee Studies*, 4(3), pp. 237-247.
- Bakhtin, M. (1986). *Speech genres and other late essays*. Austin: University of Texas Press.
- Bernard, J. (1953). *The nature of conflict: Studies on the sociological aspects of International tensions*. París: Unesco.
- Biton, Y. & Salomon, G. (2004). Peace in the Eyes of Israeli and Palestinian Youths as a Function of Collective Narratives and Participation in a Peace Education Program. Haifa: University of Haifa.
- Blok, A. (2000). "The Enigma of Senseless Violence". In: G. Aijmer & J. Abbink (eds). *Meanings of Violence: A Cross Cultural Perspective*. Oxford: Berg.
- Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de Sociología*. Madrid: Istmo.
- Boyden, J. (1994). Children's experience with conflict related emergencies. *Disasters*, 18 (3), pp. 254–267.
- Bracken, P. J. (1998). Hidden agendas: Deconstructing post traumatic stress disorder. In: P.J. Bracken & C. Petty, *Rethinking the trauma of war*. London: Free Association Book.

- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: experiments by nature and design*. Cambridge, M. A.: Harvard University Press.
- Cajiao, F. et al. (1996). "Atlántida: Una aproximación al adolescente escolar colombiano". *Nómadas*, 4. Bogotá, D. C.: Universidad Central.
- Colombia Joven (2004). *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985–2003*. Bogotá, D. C.: Colombia Joven.
- Coser, L. (1961). *The functions of social conflict*. London: Routledge.
- Cross, W. E. (1991). *Shades of black: diversity in African–American identity*. Philadelphia: Temple University Press
- Daiute, C., Beykont, Z., Smith, C. H. & Nucci, L. (2006). *International Perspectives on Youth Conflict and Development*. New York: Oxford University Press.
- Daiute, C & Lightfoot, C. (2004), *Narrative Analysis*. New York: Sage Publications.
- Deutsch, M. (1973). *The resolution of conflict: constructive and destructive processes*. New Haven: Yale University Press.
- Encinas, G. J. (1994) *Bandas Juveniles: Perspectivas Teóricas*. México, D. F.: Trillas.
- Erikson, E. (1968). *Sociedad y adolescencia*. México, D. F.: Siglo XXI.
- Feixa, C. (1999) *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- García, C. I. (1998). *En algún lugar parcharemos. Normas de interacción y valores de los parches de la localidad 11 de Santafé de Bogotá*. Bogotá, D. F.: Tercer Mundo-Observatorio de Cultura Urbana.
- Giménez, G. (2002). *Introducción a la sociología de Pierre Bourdieu*. Colección Pedagógica Universitaria, 37/38.
- Goodman, J. (2004). *Coping with trauma and hardship among unaccompanied refugee youths from Sudan*. *Qualitative Health Research*, Thousand Oaks, (14).
- Helve, H. & Holm, G. (2005). *Contemporary Youth Research: Local Expressions and global Connections*. New York: Ashgate Publishing Company.
- Juris, J. (2004). *Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el Black Bloc y los medios de comunicación en*

- Génova. Berkeley: Departamento de Antropología de la Universidad de California.
- Kohlberg, L. (1969). Stage and sequence: the cognitive-developmental approach to socialization. In: D. Goslin (Ed). *Handbook of socialization theory and research*. Chicago: Tand McNally.
- Lesko, N. (2001). Making Adolescence at the Turn of the Century: Discourse and the Exclusion of Girls. *Current Issues in Comparative Education*, (2), pp. 182-191.
- Mack, R. & Zinder, R. (1974). *El análisis del conflicto social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Maffesoli, M. (2006). Una mirada a la violencia social. Entrevista realizada por Verdú, Vincent para el diario El País.
- Maffesoli, M. (2005). La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo postmoderno. México, D. F.: Herder.
- Marín, M. & Muñoz, G. (2002). *Secretos de Mutantes, Música y Creación en las Culturas Juveniles*. Bogotá, D. C.: Siglo del Hombre Editores.
- Martín, C. E. (1998). *Cuestiones de Sociología*, Pierre Bourdieu. Madrid: Istmo.
- Matsuda, M. J., Lawrence, C. R., Delgado, R. & Crenshaw, K. W. (1993). *Words that wounded: critical race theory, assaultive speech and the first Amendment*. Boulder: Westview.
- May, R. (2000). *El dilema del hombre*. Barcelona: Gedisa.
- Michaud, Y. (1980). *Violencia y política*. Barcelona: Ruedo Ibérico.
- Mørch, S. (1996). Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud, el surgimiento de la juventud como concepción socio-histórica. *Jóvenes, Revista de estudios sobre juventud*. 1.
- Morrill, C., Yalda, C. & Adelman, M., et al. (2000). Telling tales in school: Youth culture and conflict narratives. *Law & Society Review*, 34, p. 3.
- Muñoz, G. (2002). Temas y problemas de los jóvenes colombianos al comenzar el siglo XXI. Seminario Nacional sobre Seguridad y Convivencia. Bogotá, D.C.: Compensar. Noviembre 26-27.

- Muñoz, G. (1998). Consumos culturales y nuevas sensibilidades. En: H. Cubiles, et al. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá, D. C.: Siglo del Hombre-Diuc, Universidad Central.
- Muñoz, G. (1998). Identidades culturales e imaginarios colectivos. Las culturas juveniles urbanas vistas desde la cultura rock. En: J. Martín-Barbero & F. López. *Cultura, medios y sociedad*. Bogotá, D. C.: Ces, Universidad Nacional.
- Muñoz, G. & Marín, M. (1997). *¿Qué significa tener 15 años en Bogotá?* Bogotá, D. C.: Compensar.
- Naciones Unidas (2005). World Youth Report 2005. The global situation of young people. Department of Economic and Social Affairs. New York: United Nations.
- Naciones Unidas (2003). World youth report 2003. The global situation of young people. Department of Economic and Social Affairs. New York: United Nations
- Nucci, L. (2006). *International Perspectives on Youth Conflict and Development*. New York: Oxford University Press.
- Nucci, L. P. (2001). Education in the moral domain. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Ong, A. (1999). Flexible citizenship: the culture logics of transnationality. Durham, N. C.: Duke University Press.
- Perea, C. (1996). *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas*. Bogotá, D. C.: Editorial Santillana.
- Perea, C. M. (1999). *La sola vida te enseña. Subjetividad y autonomía dependiente*. Medellín: Corporación Región.
- Perea, C. M. (1999). De la identidad al conflicto: los estudios de juventud en Bogotá. Bogotá, D. C.: Universidad Nacional.
- Perea, C. M. (1998). Somos expresión, no subversión. Juventud, identidades y esfera pública en el suroriente bogotano. En: H. Cubiles, et al. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá, D. C.: Siglo del Hombre-Diuc, Universidad Central.
- Perea, C. M. (1995). *Juventud y mundo de la droga. El caso de Bogotá*. Bogotá, D. C.: Naciones Unidas-Viceministerio de la Juventud.

- Pérez, D. & Mejía, M. R. (1996). *De calles, parches, galladas y escuelas. Transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*. Bogotá, D. C.: Cinep.
- Pérez, D. (1996). Elementos para una comprensión sociocultural y política de la violencia juvenil. *Nómadas*, (4).
- Pérez, D. (coordinador) (1994). *Los jóvenes como actores de violencia y paz. El caso de Bogotá*. Bogotá, D. C.: Cinep, Viceministerio de la Juventud.
- Pruitt, D. G. & Rubin, J. Z. (1986). *Social Conflict: escalation, Stalemate and Settlement*. New York: Random House.
- Reguillo, R. (2002). Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto. Buenos Aires: Norma.
- Rollo, M. (2000). El dilema del hombre. Respuestas a los dilemas del amor y de la angustia. Barcelona: Gedisa.
- Ross, M. H. (1995). La cultura del conflicto: las diferencias interculturales en la práctica de la violencia. Barcelona: Paidós.
- Salazar, A. (coordinador) (1998). *Imaginario, presencias y conflictos entre los jóvenes de Bogotá*. Bogotá, D. C.: Observatorio de Cultura Urbana.
- Salazar, A. (1993). No Nacimos pa' Semilla: La Cultura de las Bandas Juveniles en Medellín. Bogotá, D. C.: Cinep.
- Santa María, M. A. (2006). Paths to Philipino youth involvement in Violent Conflict. In: C. Daiute, Z. Beykont, C. H. Smith & L. Nucci (2006). *International Perspectives on Youth Conflict and Development*, (pp. 29–42). New York: Oxford University Press.
- Serrano, J. F. (2000). Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos. *Nómadas*, 13.
- Serrano, J. F. (1998^a). Abismarse en el suelo del propio cuarto. Observaciones sobre el consumo de rock entre jóvenes urbanos. *Nómadas*, 4.
- Serrano, J. F. (1998^b). Somos el extremo de las cosas o pistas para comprender culturas juveniles hoy. En: H. Cubiles, et al. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá, D. C.: Siglo del Hombre-Diuc, Universidad Central.
- Serrano, J. F. (1998^c). El reto de la creación". *Nómadas*, 4.

- Simmel, G. (1986). La lucha. En: G. Simmel. Sociología: Estudios sobre las formas de socialización, (1/2). Madrid: Alianza.
- Summerfield, D. (1998). The social experience of war and some issues for the humanitarian field. In P. Bracken & C. Petty. Rethinking the trauma of war. London: Free Association Books.
- Turiel, E. (2002). The culture of morality. New York: Cambridge University Press.
- Vargas, A. (2007). Múltiples violencias en Colombia. Conferencia dictada en el Congreso internacional sobre Intervención en contextos de conflicto y violencia. Bogotá, D. C.: Universidad Manuela Beltrán.
- Vygotski, L. S. (1991). *Obras Escogidas*. Madrid: Visor-MEC.
- Vygotsky, L. S. (1978). Mind in society. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Warshauer, F & Abazovic, D. (2006). Growing up during the Balkan wars of the 1990s. In: C. Daiute, Z. Beykont, C. H. Smith & L. Nucci (2006). International Perspectives on Youth Conflict and Development, (pp: 57-72). New York: Oxford University Press.
- West, H. (2000). *Girls with guns: Narrating the experience of war of Frelimo's "female detachment"*. *Anthropological Quarterly*, 73, p. 4.
- Zuleta, E. (1997). Sobre la guerra. Elogio de la dificultad y otros ensayos. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.